

PASTOR DÍAZ, NICOMEDES (1811-1863).

DEL SOCIALISMO Y DEL INDIVIDUALISMO EN LA FILOSOFIA

Señores: De cuanto tuvo el auditorio la suma bondad y la paciencia de escucharme en la conferencia anterior, sólo puedo traer a la memoria, para que me sirva en ésta como punto de partida, una indicación que hice de paso, a saber: «Que para buscar el principio de la asociación, y las condiciones fundamentales de su estabilidad y progreso, no nos era dado considerar a la sociedad sólo como una agregación de individuos, ni deducir las relaciones sociales, de las facultades y derechos, necesidades y obligaciones del hombre».

Esta proposición, Señores, así presentada como un axioma, necesita alguna explicación o comentario, por cuanto, siendo la opinión contraria el origen de los extravíos de las doctrinas en boga, no podemos pasar adelante sin dedicar algunos momentos a combatir las tendencias y los resultados de todo sistema, que deduce exclusivamente las leyes de la sociedad, de los atributos individuales.

Ha habido, Señores, en nuestros días un célebre escritor de Medicina, que ha creído encontrar en la naturaleza una ley extraordinaria, a saber; que la fuerza de combatir las enfermedades reside en los específicos que las producen análogas. Nada puedo decir yo de este principio, en la esfera de la química orgánica; pero en la región de los fenómenos morales he creído hallar en él grandes y eficaces aplicaciones.

Para combatir las deducciones de los socialistas modernos, es menester empezar por la necesidad de la asociación; para hacer frente al socialismo industrial, material y político, es menester empezar por ser socialista filosófico. Para que en el examen rápido que pensamos hacer, de las relaciones que tiene la organización social con las formas políticas, quede bien deslindado lo que en la ley de la asociación corresponde libremente al individuo, es menester empezar arrojando de los dominios que quiere usurpar con exclusivo y tiránico poder, al principio falaz e incompleto del individualismo.

Porque es verdad, Señores: mucho se ha escrito y declamado en esta última época contra el individualismo político; contra el individualismo industrial; contra el individualismo moral; contra todas las manifestaciones de aquel principio egoísta, que haciendo de cada hombre una entidad suficiente, aislada, omnipotente, le constituye en absoluta independencia de todos los demás, y a poco, en abierta lucha con la sociedad entera. Pero antes de condenar esos individualismos, de los cuales resultan en nuestra época acaso la mayor parte de los males que nos aquejan, y de los trastornos que nos amenazan, hubiera sido menester desprenderse de otro que los contiene a todos en germen.

Queremos hablar del individualismo teórico, del individualismo filosófico, aquel descaminado proceder del entendimiento, que para examinar las cuestiones más generales, que se controvierten en nuestros días, para plantear los problemas, que afectan

a la esencia de la sociedad, y al porvenir de la humanidad entera, los mira desde el punto de vista individual, se reconcentra sobre las necesidades y sentimientos del hombre, y parte de este centro y de este dato, para determinar las condiciones de la vida y del progreso de los pueblos. Un físico, que pretendiera explicar la teoría de las mareas y la ley de las grandes corrientes del Océano por las propiedades químicas de una gota de agua, sería la representación material, pero fiel, de tan extraña, falsa y funesta filosofía.

No, Señores: yo me atrevo desde luego a afirmaros que nunca podrá ser la nuestra. Considerad al individuo en su aislamiento: someted al más minucioso análisis, o abarcad con la síntesis más poderosa todos sus atributos y todos sus medios; y por más que hagáis sumas inconmensurables de calidades individuales, nunca llegaréis a encontrar una ley ni una fuerza de asociación. Consideradle solo: dotadle en ese estado, de toda la plenitud de inteligencia, de actividad y de expansión; creeréis haber creado un rey; habréis hecho de él una fiera. Consideradle solo, y no le encontraréis ni derechos, ni obligaciones; no veréis en torno de él ni autoridad, ni religión, ni humanidad, ni justicia, ni libertad siquiera. Consideradle solo, y veréis lo que queda, para esa existencia aislada, de amor a la Patria, de vínculos de familia, de medios de subsistencia, de derecho de propiedad.

Analizad sus instintos, sus pasiones, sus intereses puramente personales, dadle en esa condición la inteligencia más elevada; y buscad luego en las condiciones de su vida solitaria la razón de la marcha de la sociedad humana, las causas del adelanto y civilización de los pueblos. Pedid a su entendimiento, pedid a su corazón, pedid a su instinto el conocimiento de los destinos sociales, y la ley del desarrollo y perfectibilidad de la gran familia humana. Tanto valdría, Señores, que preguntarais al soldado de fila de Marengo, o al galeote de las galeras de Lepanto, la razón de los planes del gran caudillo; o al caudillo mismo las consecuencias de aquel hecho en el encadenamiento de los humanos sucesos. Tanto valdría que buscarais en las piedras arrancadas de las canteras de Paros o de Carrara los principios del arte de Fidias, o las leyes y proporciones con que levantó en los aires Miguel Ángel la cúpula de San Pedro.

Esta verdad, Señores, que parecerá sobrado metafísica, y en cuya insistencia podré hacerme pesado, es uno de aquellos principios de intuición y de conciencia, que se pueden más bien sentir que analizar. Vosotros comprendéis fácilmente que un todo armónico, a cualquiera categoría a que pertenezca, no es la suma de las partes que le constituyen, ni de las cualidades que a cada una de esas partes convienen; sino la misma organización y armonía, que las hace funcionar en conjunto, para un objeto o para un resultado. Vosotros comprendéis que una muchedumbre de soldados no es un ejército, si no existe bajo ciertas condiciones y leyes matemáticas, morales y políticas, y hasta fisiológicas e higiénicas, bajo la dirección de un pensamiento y de una voluntad: que un jardín no es un terreno cubierto de plantas, si no están dispuestas en proporciones de simetría, belleza, cultivo y prosperidad; que el edificio no son las piedras mismas, si la arquitectura no les ha dado la forma y distribución necesaria para su destino. Vosotros comprendéis, Señores, que en la misma organización de cada ser animado, la existencia no es la suma de las fuerzas de sus miembros y de las funciones de sus órganos.

Por el contrario, la vitalidad de cada parte desaparece, cuando falta la vida del conjunto: por el contrario, cada órgano, lejos de explicar el todo, no es más que una anomalía, y ni aun a sí mismo se explica; por el contrario, lejos de ser la vida animal, el conjunto de la vida molecular, las calidades químicas y las fuerzas generales de la materia se modifican de tal modo por la existencia de aquel sistema animado, que aparecen de todo punto contrarias, e inexplicables por la física.

De la misma manera, Señores, podréis comprender que con veinte millones de individuos no llegaréis a formar una sociedad, si no hay un principio orgánico superior y dominante a todas las calidades individuales; vosotros comprenderéis que el individuo, por más que le multipliquéis millones de veces, nunca llegará a explicaros la ley social. -¿Qué digo la ley social? Ni siquiera la de su individualidad propia.

Y no hay que decir que esto es querer dar cuerpo y realidad a una abstracción pura del entendimiento; no hay que decir que las generalidades no existen, y que en la naturaleza no hay otra cosa que individuos.

Este es, Señores, uno de los errores más transcendentales de que nos hemos imbuido con la desventurada lógica del análisis puro. Decir que no hay especies, vale tanto como decir que no hay cuerpos, sino átomos; que no hay creación, sino caos; que no hay inteligencia, sino sensaciones. Y así lo dijo la lógica, esa lógica corrosiva y demoledora, que de silogismo en silogismo llegó a esta proposición: «No hay sociedad; la sociedad es el hombre». -¿Y sabéis lo que dijo a lo último de todo, esa lógica luminosa? «No hay Dios, ni Providencia; no hay más que el conjunto de las fuerzas de la materia». -He aquí los resultados brillantes de esa filosofía del análisis, de esa ontología del individuo, que niega las especies y se subleva contra los universales. En el mundo moral, el acaso o la fatalidad; en la naturaleza, el ateísmo.

Es menester decirlo, Señores; es menester tener la resolución de proclamar la verdad, en un tiempo en que sólo la verdad parece paradójica. Lo que no hay en la naturaleza son individuos; lo que hay es que no hay más que un mundo, creado por un solo Dios de omnipotencia y sabiduría infinita, en una sola inconmensurable y encadenada organización, donde todo es parte de esa universal armonía de espíritu y materia, de espacio y de tiempo, de fuerza y de resistencia, de luz y de sombra, de vida y de muerte; las moléculas de los cuerpos, en sus afinidades; los órganos, en la existencia vital de los seres animados; el hombre, en la sociedad; la sociedad, en las generaciones humanas; la humanidad, en el globo; el globo, en el sistema solar; y los sistemas de soles, de mundos y de generaciones, en las inconmensurables profundidades de la Omnipotencia Divina.

Perdonadme, Señores, este involuntario arrebato de mi entendimiento; este conato, tal vez sacrílego, de ascensión a los cielos, buscando la ley de la sociedad en la derivación y analogía del pensamiento supremo, que preside al orden del universo. Abismos por abismos, prefiero los de la Providencia a los del caos. Origen por origen, tan escondido está el del hombre, como el de la sociedad; y si no se puede comprender al uno sin la suposición de la vida, tampoco es dado comprender a la otra sin la prioridad de su existencia. Por uno y otro camino hay que llegar a una región desconocida y misteriosa;

pero en una dirección, hay sobre nuestras cabezas abismos de luz, que nos dejan ver el espacio; por la otra, no hay más que esos subterráneos tenebrosos, que desde la divinización de la personalidad humana atraviesan tortuosamente hasta la negación de la existencia divina.

Y tan cierto es esto, Señores, que hombres muy eminentes, genios de primer orden, sublimes y privilegiadas inteligencias fueron a parar por este rumbo a consecuencias, de que ellos mismos se espantaron o retrocedieron. Partiendo del análisis individual, la razón más espiritualista, más filantrópica y humanitaria llega hasta el sensualismo, hasta la negación del poder y del derecho, hasta el desconocimiento de la justicia universal. Por el contrario, tomando por objeto de estudio la humanidad entera, la teoría más ramplona y menos elevada, ha llegado a reconocer los principios de la moralidad colectiva, las bases de la justicia inmutable, la razón eterna de la belleza y de la virtud, el fundamento supremo del poder y de la autoridad, y las fuerzas indestructibles del albedrío, de la razón y de la libertad. Entendimientos vulgares o extraviados llegan por este camino a la verdad y a la armonía: espíritus privilegiados, adelantando por el rumbo opuesto, se perdieron en un dédalo inextricable, donde cada sofisma que para salir inventaron, se ha convertido en un monstruoso vestigio.

II

Ciertamente, Señores, habría que dar a estas conferencias proporciones extraordinarias e incompatibles con su objeto, si quisiera confirmar siempre con aplicaciones históricas la verdad de estas proposiciones.

Séame permitido, sin embargo, buscar en nuestros días un ejemplo harto notable de lo que acabo de manifestar: no crean algunos que los métodos lógicos o los principios metafísicos son indiferentes para los resultados prácticos; no se crea, Señores, que la filosofía se arroga demasiada influencia sobre los intereses del mundo.

¿Conocéis algún filósofo más ilustre que Kant? ¿Conocéis alguna inteligencia más elevada, ni más profunda que la del pensador de Koenigsberg? Todos vosotros habéis podido apreciar el impulso y grave modificación, que recibieron los conocimientos humanos al rayar en el horizonte la luz de su transcendental filosofía. Creyose al principio que el imperio del materialismo se había fundido para siempre en la nada.

Kant proclamaba como verdad primera, como verdad de sentimiento y de conciencia, la inteligencia pura. Todo lo demás era fenomenal, y necesitaba demostración: todo lo demás podía no ser otra cosa que una manera de existir de nuestro espíritu: sólo la existencia de ese espíritu era evidente e indisputable; y las leyes según las cuales este espíritu funcionaba, eran los únicos fundamentos, así de la verdad psicológica, como de la verdad matemática. Estos sencillos principios eran una revolución inmensa. Cansada del materialismo analítico, la filosofía, que suspiraba por un dogma más elevado y más fecundo, saludó en Kant el advenimiento de una revelación que había de iluminar el mundo moral, como la ciencia de Newton la naturaleza física.

Pero ¡ah Señores! Newton no había limitado la ley de la atracción a un cuerpo, ni a un globo. Había adivinado la ley de los mundos; y por eso *con su palabra apareció la luz*, según la expresión de Pope. Kant reconcentró toda la creación en el pensamiento individual del hombre.

Y ¿qué sucedió, Señores? ¿Qué importaba para los resultados morales, que fuera un cerebro, o un espíritu; una entidad psicológica o una entidad anatómica aquello que lo contenía todo en su seno? ¿Qué importa que Schelling, para buscar un remedio sólo a la materialidad del materialismo, espiritualizase los cuerpos, como otros habían materializado los espíritus? En último resultado, esta explicación venía a ser una cuestión de palabras. El mal del materialismo no estaba en eso. Fichte y Jacobi habían sido más espiritualistas que Schelling mismo. El mal de la doctrina de Kant no le ha podido atajar las aspiraciones generosas del más simpático e inteligible de sus discípulos. Después de ellos habían de nacer otros para proclamar que Dios, como la naturaleza, no es otra cosa que una creación del entendimiento humano.

Kant había dicho: «El espíritu humano crea el mundo». -De la boca de uno de sus más ilustres sucesores salió esta palabra inaudita: «Ahora vamos a crear a Dios».

Sin embargo, Señores, el ateísmo de Hegel, la comprensión de la idea absoluta a que puede elevarse el espíritu humano, es algo parecido a la Divinidad, algo que reemplaza a la moral universal. Después de Hegel aparecen Bruno Bauer, Arnold Ruge y Feuerbach, que ya no dudan de proclamar resuelta y atrevidamente el ateísmo. Pero no: todavía no se llegaba al extremo. Aún hay algo en esta filosofía, con lo cual comparado el ateísmo parece una religión. Feuerbach proclamando que nada hay en el mundo superior a la humanidad, y que Dios no es más que la inmensa sombra de nosotros mismos, prolongada por el tiempo y por el espacio, una concreción fantástica de las ideas más sublimes, pero necesarias del espíritu humano; todavía manifiesta instintivamente aquel horror del vacío moral, que experimenta el alma quedándose sola en el mundo, y que tan bien expresó en su admirable balada de *El sueño de los muertos*, el ilustre poeta Juan Paul. El humanismo de Feuerbach es todavía aquella imponente y lúgubre figura, que llena la bóveda del templo en la visión del poeta, para decir a las almas desamparadas que ha ido a buscar a Dios, y que no le ha encontrado. Esa sombra gigantesca de la humanidad es todavía un crepúsculo de religión y de filosofía. A este crepúsculo debía suceder la noche, la noche eterna; aquella noche de las tinieblas de Byron; la noche horrible de una soledad más profunda que la nada, más espantosa que el caos. Debía aparecer quien, sacando las últimas consecuencias de los principios hegelianos, protestara contra aquel humanismo, como contra un resto de superstición. Hubo quien llamase a las doctrinas de Hegel una *devota frailada*.

Hubo un hombre, Señores; pero ¿qué digo, le hubo? Le hay: vive; es joven; quizá no cuenta mis años; que acaba de consagrar un talento profundo, una erudición enciclopédica, y una dialéctica portentosa a escribir lenta, concienzuda, magistral, dogmáticamente, no un folleto, ni una disertación, sino una obra grande, dos tomos muy compactos, con este epígrafe, y para probar este principio: *Homo sibi Deus*. -El nombre de este filósofo, conocido por el seudónimo de Max Stirner, es Gaspar Schmidt.

Ya lo veis, Señores; Helvecius y el barón de Holbach no habían podido llegar a tanto. Stirner llegó a donde llegan los últimos términos del camino que tomó Kant. Kant dijo: «No hay más verdad que la razón humana». Stirner concluye: «No hay más Dios que el hombre». Ni aun eso, Señores. Stirner dice: «Todo hombre es su único Dios». ¡Aterraos de esta lógica y de este siglo! -Considerad si a vista de este espectáculo, no ha tenido razón Enrique Heine para decir que «si estallaba una revolución en Alemania, la de Francia de 1793 sería en su comparación un Idilio de Gesner».

Y si algún día, Señores, estudiando la Historia de la antigüedad, habéis tenido compasión de la pobre raza humana, que se prosternó delante de los toros y de los cocodrilos; si habéis comprendido entonces que aquellas delirantes religiones debían hacer desaparecer de la faz de la tierra a los pueblos que las profesaban, contemplad espantados que en el siglo en que vivimos, se ha llegado a más; se ha llegado a decir que era un Dios, no el hombre Newton, no el hombre Leibniz, no el hombre César, o el hombre Bonaparte; no el hombre Marco Aurelio, no el hombre San Vicente de Paúl, o Santa Teresa de Jesús, sino el hombre incendiario y parricida, el salvaje de los bosques, o el criminal de los presidios, el Samoyeda estúpido, o el Papúa degenerado de la Oceanía.

De propósito, Señores, he buscado las inteligencias más célebres y más ensalzadas de nuestros días, para mostraros a dónde conduce este error. Y ahora veréis lo que puede el principio opuesto, aunque se profese en el extravío de un sistema subversivo y por una inteligencia extraviada. Voy a dejar hablar al más ateo, al más vituperado y maldecido de los actuales revolucionarios franceses. -«La mayor parte de los filósofos y de los filólogos no consideran la sociedad sino como un ente de razón, o más bien como un nombre abstracto, que sirve para designar una colección de hombres. Es una preocupación que todos hemos contraído en la infancia en nuestras primeras lecciones de gramática, creer que los nombres colectivos y los de género y de especie no significan realidades. Mucho habría que decir sobre este punto; pero yo me encierro en mi objeto. Para el verdadero economista la sociedad es un ser viviente, dotado de una inteligencia y de una autoridad propias, regido por leyes especiales que la observación sola descubre, y cuya existencia se manifiesta no bajo una forma física, sino por el concierto y la mancomunidad íntima de todos sus miembros.

»Por eso, cuando hace poco, bajo el emblema de un Dios mitológico (Prometeo), hacíamos la alegoría de la sociedad, en el fondo de nuestro lenguaje nada había de metafórico. Era el ser social, unidad orgánica y sintética, la que recibía un nombre. A los ojos de cualquiera que haya reflexionado sobre las leyes del trabajo y del cambio (y dejo a un lado toda otra consideración), la realidad, o digámoslo así, la personalidad del hombre colectivo, es tan cierta, como la realidad y personalidad del hombre individuo. Toda la diferencia consiste en que este se presenta a los sentidos bajo el aspecto de un organismo, cuyas partes están en coherencia material, circunstancia que no existe en la sociedad. Pero la inteligencia, la espontaneidad, el desarrollo, la vida, todo lo que constituye en su más alto grado la realidad del ser, es tan esencial a la sociedad como al hombre». Esto dice Proudhon, Señores; y de esta proposición a la verdadera ley de la armonía social, no hay más que un paso. Proudhon no le ha dado, es verdad. El Mefistófeles de *Fausto* se ha apoderado de su razón bajo la forma de la filosofía

hegeliana y de la crítica individualista. Proudhon ha espantado a la Europa con sus blasfemias, y a la Francia con sus proyectos. Ha dicho al cielo: *Dios es el mal*; y a la tierra: *la propiedad es el robo*.

Sin embargo, Señores, bastole entrever aquella verdad, para que sus obras no concluyan a nada, ni sean más que un conjunto de contradicciones, revelando en cada palabra la lucha titánica, que traban en su poderoso espíritu tendencias opuestas y creencias contradictorias. Bastole entrever aquella verdad, para que nadie en Francia haya pulverizado el comunismo con más vigor y con más talento.

Basta, Señores, que haya escrito aquellas palabras, para que yo abrigue una ilusión de esperanza acerca de esa inteligencia tan poderosa como extraviada. Después de todo, su proposición famosa, la propiedad es el robo, es su refutación misma. Él mismo ha reconocido, a pesar suyo, la propiedad que combate. Robo supone la propiedad: no puede haber robo donde la propiedad no existe⁽⁴⁾.

¿Quién sabe si el que con una palabra se refuta a sí mismo, no es el predestinado para refutar a todos sus colegas? Ese tremendo revolucionario aun puede llamarse joven. ¿Quién sabe si el Dios, de quien ha blasfemado tan sacrílegamente, no destina su talento para glorificar todavía al frente de aquellas masas movedizas e impresionables, la verdad de su santo nombre, y la eternidad de la ley social a que él preside?... Todo me lo hace esperar una sola idea luminosa.

III

Es la verdad, Señores; mi humilde inteligencia no había aguardado a que el socialista ateo se la revelara. La había encontrado mucho tiempo hace, no sólo en Bossuet, no sólo en Vico, no sólo en De Ballanche. La había leído en los astros del cielo, en los rudimentos primeros de la cosmografía, en el sistema del mundo de Copérnico.

No había podido yo mirar indiferente de qué manera llegó el astrónomo polaco a su inmortal y sencillo descubrimiento⁽⁵⁾. El movimiento de los cielos, visible a nuestros ojos, era imposible de comprender por el entendimiento, en cualquiera de los antiguos sistemas. Creábanse cielos, y motores, y círculos, y coluros; y cada nuevo invento era una nueva calle oscura en el laberinto de la creación, que aparecía tan espléndida, tan luminosa. ¿Y por qué, Señores? Porque empezaban todos por suponer al globo terrestre centro y base del sistema universal, como hacen los filósofos socialistas o metafísicos con la humana criatura.

Copérnico tuvo la intuición de que Dios no había creado el orbe aislado, sino un sistema planetario, como si dijéramos una sociedad sideral, cuyos movimientos sólo en su totalidad y conjunto podían explicarse, no siendo la tierra más que un individuo planeta de este universal sistema. Desde aquel momento, Señores, todos los círculos, cielos y motores desaparecieron como una pobre decoración de teatro. Desde aquel momento, la obra de Dios se presentó en toda su sencilla y portentosa grandeza. Desde aquel momento ya no hubo en la astronomía un globo, sino una serie de mundos. Galileo pudo *sentir bajo*

sus plantas la rotación del orbe; Kepler, regular con un compás y un reloj, las órbitas de los planetas; y cuando apareció Newton, la ley de la gravitación universal pudo hacer luz sobre aquella creación, que jamás el entendimiento humano habría llegado a comprender desde su presuntuosa individualidad del globo, fuente y origen de los antiguos errores.

De esta manera, Señores, al contemplar nosotros tantos sofismas y tantas hipótesis sobre el origen de las sociedades y sobre la sociabilidad de los pueblos; sobre los fundamentos de la soberanía, sobre la constitución de los poderes y el ejercicio de los derechos, se nos debe figurar que estamos leyendo los cálculos imaginarios de los antiguos cosmógrafos. ¿Por qué -podremos decir-, por qué el intento de buscar la ley general en la aislada criatura? Si Dios ha creado la especie humana como sus millones de mundos, ¿no la habrá dotado de las fuerzas generales, que necesita su evolución en el orden de los siglos, como las tienen los astros para consumir sus giros en el espacio del firmamento? ¿Por qué la autoridad y el poder, la soberanía y la justicia, la virtud y el deber, la obediencia y el derecho han de ser atributos individuales del hombre, cuando ni aun los miembros de su cuerpo dejan de estar subordinados a las leyes generales del universo, que le encadenan? ¿Se explica por ventura por el individuo el amor materno, ni el amor filial? ¿Es para el individuo, por ventura; el sentimiento que preside a la propagación de la especie? ¿Se explica por el individuo la pasión de la Patria? ¿Han nacido la ambición y la gloria para el hombre solitario? El entusiasmo, la admiración, ¿pueden tener por teatro y por límite el desierto de los bosques primitivos? ¿No son éstas pasiones sociales?

Pues si hasta en estas calidades mismas se descubren sentimientos de relación, que suponen la existencia de la sociedad, como supone la organización del ojo la existencia de la luz, ¿cómo no buscar con Copérnico, y Galileo, y Newton, y Kepler el fundamento de la ley social en la sociedad misma, y no en la fracción infinitesimal del átomo microscópico que la compone?

Desde que se hace esta consideración, Señores, se explica y se comprende hasta la ley del individuo, que sin la supremacía y preexistencia de la ley social, es de todo punto incomprensible. Así sucedió también, Señores, en el mundo físico. Los navegantes no pudieron dar la vuelta a la redondez del globo, sino después que les fue dado orientarse por los cielos.

«Verdad es: -me dirán algunos-: en el individuo podréis no buscar el principio; pero al cabo habréis de buscar el fin. Para explicar vuestra tesis más bien metafórica que lógicamente, apeláis a comparaciones, que no se adaptan a una sociedad de seres inteligentes. Habéis hablado de ejércitos, de edificios, de mundos; y falta en vuestras comparaciones la condición capital de la analogía. El edificio no se hace para la piedra: el jardín no se planta para la flor: el ejército no se organiza para el soldado. Pero la sociedad existe para el hombre, y sin este fin individual, vuestro principio no es otra cosa que una abstracción sofística: vuestra lógica, un camino que conduce a la nada de la vaguedad. Sea en buen hora la sociedad contemporánea del hombre; pero basta que el hombre sea su centro y su fin, para que debamos buscar en él las condiciones de la ley social».

Ya veis, Señores, que no desvirtúo la fuerza del raciocinio de mis antagonistas; le he expuesto con todo su vigor y con toda su claridad; pero después de haber presentado de esta manera su razonamiento, permitidme que me atreva a calificarlo de su posición infundada y gratuita.

«La sociedad existe para el individuo». -¿Y por qué, Señores? ¿Quién ha dado a esta proposición la evidencia o el valor de un axioma? ¿Se lo ha dado por ventura la filosofía? ¿Se lo ha dado la conciencia? ¿Es otra cosa tal aseveración, que una hipótesis de la presunción humana, una petición de principio, un círculo vicioso del sofisma anteriormente condenado? ¿Es más ese pretendido axioma que un error de perspectiva y de localidad, que confunde un resultado con un principio, un efecto con una causa?

«Pues ¿para quién existe la sociedad?» -me preguntarán orgullosos los partidarios del principio opuesto-. ¿Y sabéis vosotros -tengo que preguntarles yo- para quién existe el individuo? ¿Pretendéis por ventura resolver el problema de las causas finales, con escribirle en guarismos más pequeños? ¿Habéis de ir así descendiendo sucesivamente los escalones de la creación, hasta encontraros con los átomos? Si admitiendo vuestra respuesta de que la sociedad existe para el individuo, os pregunto: -¿Para qué existe el hombre? ¿Os atreveréis tal vez a responderme: -¿Para los gusanos que lo roen?-. Pues no tendríais otra respuesta que darme, como no admitierais el dogma de Stirner: «El hombre es Dios, y existe para sí». *Homo sibi Deus*. -Os dejo la elección entre la apoteosis y la nada.

En nuestra teoría, Señores, si no reciben mayor claridad aquellos misterios infinitos del destino final, que están fuera del alcance de la filosofía humana, queda una progresión natural y comprensible, a través de la región dilatada y luminosa, que todavía le es dado recorrer al entendimiento humano, antes de llegar a los espacios en que la inmensidad se pierde. Dios ha hecho a la razón, como a la vista; para que suba: rebajarse y descender le es más difícil. Los cálculos del hombre han alcanzado a medir todo nuestro sistema planetario, aunque no los de las estrellas fijas; debajo de sus pies no ha podido pasar mucho más de una legua de profundidad.

En nuestra manera de ver, el individuo existe para sí y para la sociedad: la sociedad para la sociedad y para la humanidad: la humanidad para la armonía de la creación y para los altos designios de la Providencia. No sabemos más: no es dado saber más: no queremos, no necesitamos saber más. Pero los individualistas de principio o de fin, ni eso saben. Tampoco sabe más la astronomía: más allá de Sirio, no alcanza la paralaje, ni sirve la trigonometría. Allí se encuentran las profundidades del espacio, como nosotros hallamos las del destino. Pero en esa esfera, tenemos todavía delante de nosotros una región inmensa de principios y de resultados, detrás de la cual vemos aún por último la eternidad y la Providencia divina. Los individualistas, metafísicos o sociales, se estrellan al momento contra la nada, y pueden aplicar a sus magníficos descubrimientos aquellas desconsoladoras palabras de Job: *Quasi effodientes thesaurum vehementer gaudent, cum invenerint sepulcrum*.

Si hemos insistido tanto en una idea, si hemos dado proporciones tan extensas a un raciocinio, a riesgo de abusar de vuestra benevolencia y de vuestra atención, no ha sido solamente con un fin ideológico. Importaba al plan y concierto de estas explicaciones, indicar de qué manera muchos errores de las actuales doctrinas consisten en buscar la ley de la asociación donde es absolutamente imposible que se encuentre: cumplía demostrar de qué manera, los que, llamándose socialistas, siguieron el camino de la crítica individual, llegaron a consecuencias diametralmente opuestas al objeto que se proponían.

En cuanto a mí, Señores, que no he formado el propósito de renovar las cuestiones fundamentales, y de subir de nuevo al origen de los derechos sociales, bástame consignar una creencia opuesta, para que nos sea dado llegar a resultados muy distintos; y aun para que con mejor derecho aspirara al dictado de verdadero socialista, si esta calificación no estuviera ya consagrada en un sentido, que no está en mi poder, ni tampoco en mi intención, hacer que desaparezca en un día.

Yo me llamo en verdad y filosóficamente socialista, en cuanto creo que la asociación es una ley de la humanidad, como es una ley del individuo su organización vital; y que el principio de esta asociación debe buscarse en las condiciones necesarias para la existencia de esta sociedad misma. Yo creo que así como el individuo tiene una alma y una inteligencia, un destino y las facultades necesarias para cumplirle, así la sociedad tiene en sí misma y para sí misma, un principio general que la vivifica, la conserva, la impele y la encamina hacia los fines que la Providencia le ha señalado. Yo creo que esta ley y este principio preexisten a la organización social, como preexiste la vida a la existencia del germen fecundado; como preexisten el impulso y la gravitación central al sistema planetario.

Yo creo, Señores, que esta ley, esta vitalidad social es en cualquiera sociedad un principio inmaterial y espiritualista, como son dinámicas e imponderables en la naturaleza las fuerzas que presiden a la organización de la materia. Yo creo que este principio, que esta fuerza no es simple en sus manifestaciones; y que así como el espíritu del hombre se revela en las diversas facultades de su entendimiento, y en las varias pasiones de su corazón, así el principio elemental que anima a las sociedades, se descompone en todas las demás fuerzas necesarias para su conservación, progreso y desarrollo. Creo que todas estas fuerzas, leyes y sentimientos generales pueden solamente comprenderse y explicarse en la sociedad entera; pero que el individuo, arrebatado en la órbita de la vida social, se las apropia y asimila, como hace la vida orgánica con las fuerzas generales de la materia. Creo de consiguiente que estos sentimientos sociales no se pueden explicar absolutamente en el individuo; antes bien, que mirados desde este punto de vista, parecen frecuentemente como aberraciones y anomalías. Creo finalmente, Señores, que el sentimiento de la humanidad, la noción de la justicia, el instinto del orden social, la creencia religiosa, el patriotismo, el principio del poder y de la autoridad, la idea de la obligación, el deseo de la gloria, el culto del heroísmo, el entusiasmo por la virtud o por la belleza, y la aspiración al progreso, todos estos principios son funciones, propiedades, manifestaciones, atributos o modificaciones de este espíritu social, de esta alma, Señores, que tiene el mundo moral, y que para nosotros, cristianos, viene a confundirse en cierta manera con la justicia y con la providencia divina.

Y la libertad y la existencia individual, también en esta creencia se eslabona con la ley y con la armonía social. Porque no se crea, Señores, que a fuerza de verlo todo en la sociedad, pretendo que olvidemos, suprimamos o anulemos el individuo. Por el contrario, también en este punto debemos ser tan cristianos como filósofos. Lejos de rebajar la personalidad humana, yo comprendo, Señores, su excelsa dignidad, su alta representación como criatura; su importancia y nobleza, como inteligencia espiritual y como voluntad libre; su organización maravillosa y privilegiada, como el primero de los seres en la esfera de la vida, como representación y compendio del mundo físico y del mundo moral.

Yo creo, Señores, no en la perfección absoluta, pero sí en la perfectibilidad indefinida y gradual de la condición humana, y en el libre desarrollo de las facultades de que Dios la ha dotado para alcanzarla. Creo, Señores, que el medio de caminar a esta perfección está en el justo equilibrio de las pasiones y facultades individuales del hombre, que sobre sí mismo le repliegan, con las leyes eternas y generales que a la sociedad le encadenan. Creo que este equilibrio no se alcanza sino espontáneamente, y que necesita, por consiguiente, la libertad de la conciencia, la libertad del pensamiento, la libertad de la palabra y la libertad de la acción, en toda la dilatada esfera de la vida social, y de la vida privada. Lejos, pues, de nosotros, desconocer los derechos individuales. Por lo contrario, después de proclamarlos en la existencia del individuo, los convertimos para la sociedad en santas obligaciones, y en condiciones eternas de civilización y de perfección social para los pueblos.

Profesamos altamente el dogma de la libertad del hombre; pero cuenta, Señores, que la opresión del débil no sería un crimen, si no fuera obligación de la sociedad la libertad del ciudadano inofensivo. Proclamamos la seguridad individual; pero cuenta, Señores, que este derecho sería harto mezquino y limitado, si el daño o la muerte de un sólo inocente no fuera la perturbación de la justicia universal, y no vulnerara a la sociedad entera en su corazón, como la herida de un miembro lleva el dolor y la calentura al centro de la vitalidad orgánica. Creemos y proclamamos el derecho de propiedad; pero cuenta que la propiedad no sería santa e inviolable; que la expoliación y el robo no serían crímenes delante de Dios y delante de los hombres, si no fuera ley y condición eterna de la sociedad, el respeto y protección de aquellas facultades que el hombre recibió del cielo, como tarea y castigo, como expiación y prueba, en aquel solemne momento en que le condenó el Altísimo a comer su pan con el sudor de su frente. Sea el trabajo, Señores, delante de Dios, una condenación; pero el destino de la humanidad impuesto por Dios, es tan sagrado delante de los hombres como la gloria de los ángeles.

He aquí nuestro individualismo, Señores; he aquí nuestro socialismo. Aceptamos todos los títulos: la verdad es que ninguno nos conviene. No hemos hecho al hombre Rey, ni Dios; no hacemos a la sociedad omnipotente, infalible, impecable. La sociedad y el individuo pueden elevarse a la perfección, y llegar al heroísmo; una y otro pueden faltar a sus obligaciones; hacerse reos de crimen, de pecado; el individuo, delante de la sociedad; la sociedad, delante de la humanidad; la sociedad y el individuo, delante de Dios: una y otro, delante de aquel divino reflejo de la luz moral, que para el hombre es su propia conciencia, para la sociedad el juicio de la historia; uno y otra delante de aquel poder eterno, lógico, providente, que tiene para el hombre suplicios, miserias y remordimientos;

para los pueblos plagas, revoluciones, guerras de exterminio y errores y doctrinas, no más blandos azotes de Dios, que los que se llaman hunos y vándalos, tirados en furor o plebes en tumulto.

He aquí cómo podemos ser llamados socialistas; he aquí hasta dónde podemos ser individualistas. La unidad y lo absoluto sólo en Dios existen; sólo en Dios se comprenden: la ley de la naturaleza y de la filosofía es el dualismo. Comprendemos la sociedad y el hombre coexistentes e inseparables, como la fuerza centrífuga y la centrípeta; como el movimiento y la resistencia; como el espíritu y la materia. Una y otra existencia se ligan en nuestro dogma y en nuestra filosofía, con un vínculo sagrado, y en un movimiento armónico, cuyo equilibrio y regularidad constituyen la perfección social y la perfección de la criatura.

Así, Señores -volviendo a la analogía que nos sirvió antes para materializar nuestro pensamiento-, comprendemos la tierra girando sobre su eje en el movimiento diurno, y lanzada al mismo tiempo, a compás de los otros planetas, en la órbita de su revolución anua, como un impulso que modifica la ley de la gravitación universal. En el medio de esa órbita rutilante hay un sol, que como fuerza la contiene, como calor la fecunda, como lumbrera la ilumina. También en el centro de la órbita en que la humanidad gira, hay un sol, que preside a la vida, al progreso, al crecimiento y a la ilustración de las sociedades y de los individuos. ¡Desgraciados los ojos que no le ven!... ¡Más desgraciados aquellos que creen que ese sol eterno es la ilusión de su vista, o el foco de los rayos que salen de sus ojos!

Perdonadme, Señores, si he sido quizá metafísico en demasía, para exponer verdades comunes y triviales; perdonad si, huyendo de aplicaciones terrenas, me he permitido vagar por una atmósfera demasiado enrarecida y etérea. Perdonadme, sobre todo, haber invertido tanto tiempo y tan generosa atención en desleír un sólo pensamiento. Era mi propósito «explicaros las vicisitudes que atravesó en la filosofía y en la historia el conocimiento y la investigación del principio social, hasta llegar a la posición de este problema en nuestros días».

Si empeñado en la explicación de un dato previo, tengo que reservar para otra sesión mi tarea, no culpéis de ello a la absoluta ignorancia de lo que cumplía a mi objeto, sino a la complacencia de detenerme una hora deliciosa, acompañado de vuestro pensamiento y de vuestra inteligencia, en estas regiones etéreas y encumbradas, es verdad, pero donde es grato a veces, Señores, reposar de ese positivismo de la vida, que hartas horas nos abrumba, para que deseemos con ansia respirar desahogadamente en la despejada atmósfera de las ideas, y refrescar, por decirlo así, los labios, pronunciando nombres santos y armoniosos. ¿Es, por ventura, Señores, todo lo material y tangible tan gustoso y ameno, que no pueda permitirme en este recinto, como solaz y recreo, un poco de metafísica?

Metafísica hay en el mundo mucho más abstracta, muchísimo más etérea, que ha hecho derramar sangre. ¿No le será dado a otra el poder de enjugar lágrimas, de sanar dolores, de precaver desastres?

De cierto no será a la mía, Señores; que no presumen de tanto mis limitadas fuerzas; pero podrá ser la vuestra, esclarecidas y cultivadas inteligencias, patrimonio el más rico - aunque sea un patrimonio metafísico-, de nuestra Patria... ¡Será sin duda la vuestra, juventud generosa! Porque la metafísica son las ideas; y las grandes ideas son las flores, que visten el árbol que ha de dar por fruto grandes y gloriosas acciones.